

EXPERIENCIA DE ABUSO SEXUAL EN LA INFANCIA DESDE LA PERSPECTIVA DEL DESARROLLO MORAL

CHILD SEXUAL ABUSE FROM THE MORAL DEVELOPMENT POINT OF VIEW

Maria Oliveras

Master em Terapia Cognitivo-socioal, Universidad de Barcelona, España

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

Oliveras, M. (2017). Experiencia de abuso sexual en la infancia desde la perspectiva del desarrollo moral. *Revista de Psicoterapia*, 28(106), 71-85.

Resumen

En este artículo se considera un caso de terapia de abusos sexuales en la infancia, a la luz del Modelo del Desarrollo Moral. La perspectiva del Desarrollo Moral permite comprender la transversalidad de la falta de una estructura volitiva y enfocar la dirección del trabajo a la construcción de la voluntad como elemento reparador del abuso y de sus consecuencias.

Palabras clave: *abuso, estructura volitiva, transversalidad, reparación, psicoterapia*

Abstract

This article focuses in a case of therapy in childhood sexual abuse, in light of Moral Development Model. The Moral Development perspective helps to understand the transversality of a lack of volitional structure and focuses the direction of the therapy on building an own will, as reparation for abuse and its consequences.

Keywords: *abuse, volitional structure, transversality, reparation.*



CONTEXTUALIZACIÓN DEL CASO Y LA DEMANDA

Mercedes acude voluntariamente a la consulta solicitando apoyo psicológico debido a que “sufrió problemas de pequeña y desde hace un tiempo piensa en ello continuamente y llora y necesita solucionar su problema”.

De acuerdo con la clasificación propuesta por Villegas (1996) se trata de una demanda propia inespecífica, ya que es producto de una decisión de ella misma y lo que busca es apoyo y orientación para entender y hacer frente a sus problemas. Su formulación es imprecisa, pero intuye que su problema es psicológico, aunque no consigue darle una forma operativa:

“De pequeña tuve problemas y como en este último año el trabajo ya me va mejor, supongo que tengo la cabeza más despejada; no es que quiera. Vamos, que me empecé a recordar de todo este tema (abuso), prácticamente a diario, y fatal. Y luego me di cuenta de que necesitaba que alguien me explicara un poco cómo me ha afectado esto, que yo no soy capaz de saberlo”.

Los dos temas centrales que Mercedes expresa son el abuso sufrido en la infancia y su gran sentimiento de culpa.

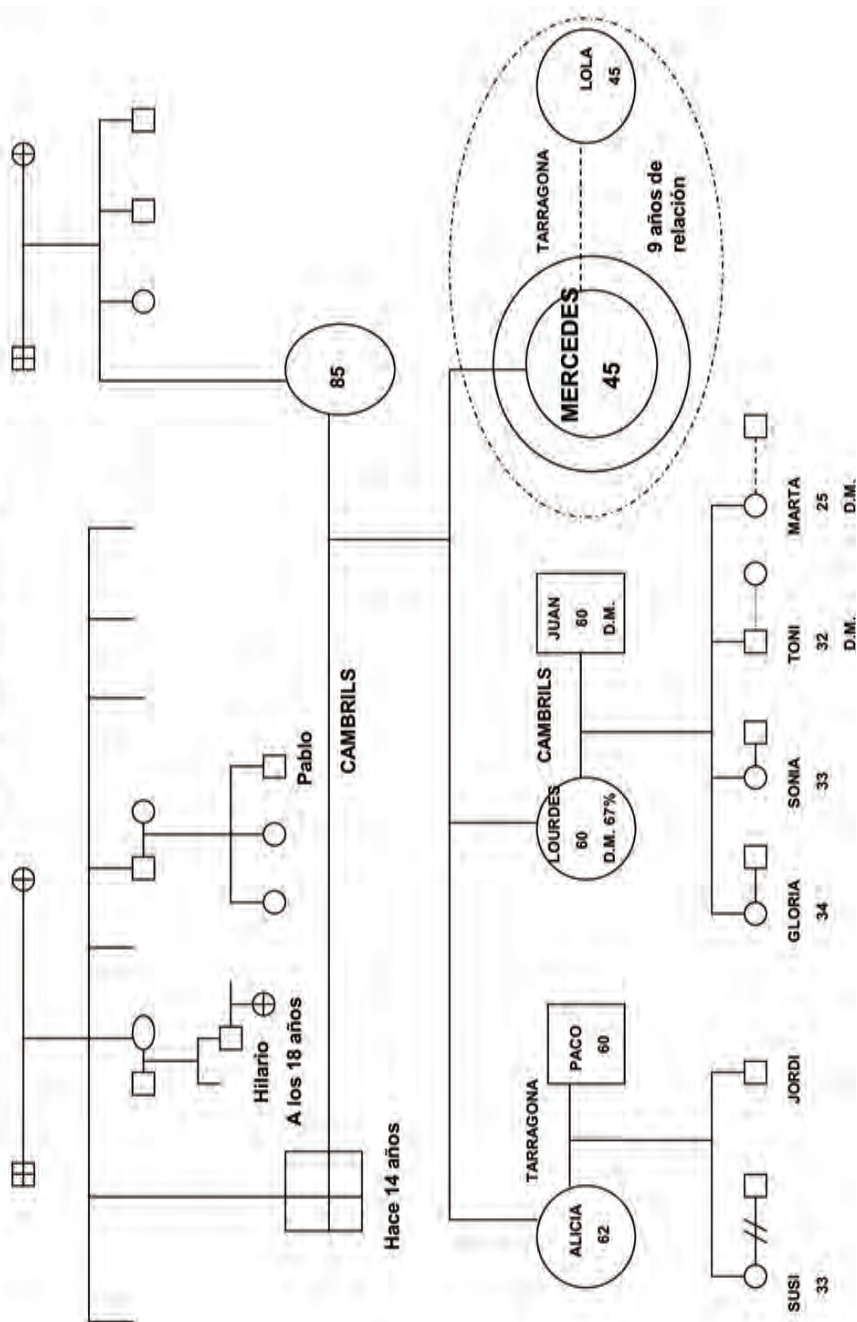
Sintomatología

Al inicio del tratamiento, Mercedes presenta síntomas clínicos significativos de un cuadro obsesivo: falta de atención y concentración, dificultades de pensamiento, inquietud constante, sueño intranquilo, nerviosismo general, elevada y constante activación, molestias físicas (dolor cervical, de espalda, de cabeza...), escaso apetito y bajo peso. También refiere hipocondría, claustrofobia, miedo a los espacios grandes y abiertos, fobia a la oscuridad, pánico al agua, sensaciones de culpabilidad, bloqueos al hablar, llanto inesperado, pensamientos intrusivos a veces... Durante ocho años aproximadamente (de los 25 a los 33 años) hizo un consumo regular de tóxicos (alcohol y cocaína). Actualmente evita el consumo de cocaína; el de alcohol es muy esporádico y le hace efecto rápidamente, con gran malestar posterior. Mantiene una relación distante con la familia, con visitas esporádicas a su madre, y una relación sentimental de tipo dependiente con su pareja que le conlleva mucho sufrimiento.

GENOGRAMA E HISTORIA DE VIDA

- 4 años: Abusos de su vecino Pedro
- 6 años: Abusos de su primo Hilario, de 18 años
- 9 años: Rotura en su historia: sus hermanas se casan y se van de casa, su padre enferma gravemente, su única amiga se va de la escuela y ella se “anestesia”
- 11 años: Juega a básquet y ello se convierte en su pasión, hace “juegos compensatorios” de tocamientos con niños de la escuela, somete a una vecina que era retrasada

GENOGRAMA



- 12 años: Se enamora perdidamente de Carme, por quien sentía “fascinación”, sin entenderse
- 13 años: Queda “hipnotizada” por Cristina y eso la confunde muchísimo y la hace sufrir. Vive una adolescencia “desagradable”, sin adaptarse demasiado
- 17 años: Se aísla socialmente y toma conciencia de su homosexualidad
- 18 años: Prohibición paterna de ver a la chica que le gustaba, decide “romper con su familia” y entra en “el ambiente”. Mantiene relaciones con una chica. Empieza a estudiar diseño.
- 20 años: Deja el básquet y el diseño y decide tomarse un “año sabático”.
- 21 años: Entra en una relación tortuosa con una chica 10 años mayor que ella y empieza a trabajar con ella, inicia el consumo de cocaína, al principio puntualmente pero luego de forma asidua
- 26 años: Sufre una grave crisis vital: las drogas le provocan síntomas desagradables, su pareja la engaña con otra, se lo niega repetidas veces y aún así Mercedes la perdona, la despiden del trabajo, finalmente su pareja rompe con ella
- 28 años: Trabaja en bar de copas. Consumo de cocaína y trafica para amigos, sale con una chica de 17 años
- 30 años: Viendo una película recuerda los abusos sufridos en su infancia, pero no lo cuenta a nadie
- 36 años: Conoce a su actual pareja y a los 3 meses van a vivir juntas. Al poco tiempo, su pareja le propone montarse un bar y lo abren en poco tiempo
- 43 años: Un día se queda a solas con una vecinita en el restaurante y siente pánico. A partir de aquí el tema de los abusos se le vuelve obsesivo. Decide iniciar terapia.

Reconstrucción de la historia de abuso

Los episodios de abuso sufridos en la infancia se daban como “juegos” por parte de un vecino 8 años mayor que ella, con quien eran “amigos”, jugaban juntos y que “la quería mucho”. Esta confusión creó una incongruencia interna en Mercedes que la colocaba sin saberlo en una posición de poder ser abusada. Alguien que está atrapado, que no es libre, que no puede huir, puede ser abusado. Su posición es de servilismo: está al servicio del capricho o deseo del otro. El otro tiene una necesidad o un impulso y tú estás obligado psicológicamente (quizá no moralmente) a satisfacer el deseo del otro. Eres su sirviente sin referente propio, ya que el referente es la necesidad o deseo del otro.

Así pues, parece que el abuso en este caso fuerza el paso a la socomonomía complaciente, antes de tiempo. A esto se le sumó el descubrimiento en la adolescencia de su tendencia homosexual. Parece que el conectar con su deseo chocó con el agrado de sus padres y con el rechazo social hacia la homosexualidad, por lo que no se legitimó ni reconoció que era lesbiana. Este secreto aún lo oculta. Ambos secretos la llevaron a una vida caótica, impulsiva (consumo de drogas y alcohol,

descontrol, etc. en ámbitos sociales) y obsesiva (en contextos laborales), entendida como una regulación anómica y heteronómica no integradas (Villegas, 2011).

Poco a poco, con la información recogida, fuimos construyendo el significado de los diferentes episodios que ella explicaba, pero llegó un punto en que Mercedes expresó la necesidad de recordar para entender por qué no dijo nada a sus padres y por qué ella seguía yendo con el vecino si no quería. Se sentía bloqueada y eso la angustiaba. Se le propuso que trajera fotografías de cuando ella era pequeña, para verlas conjuntamente y hacer un trabajo emocional con ellas. El objetivo no sólo era ordenar cronológicamente sus recuerdos sino dar voz a la “Mercedes pequeña”, como una manera de escuchar y validar qué es lo que entonces sentía.

Esta necesidad de entender qué ocurrió en la dinámica relacional con sus padres en su infancia, que la llevaba a sentir mucha rabia, sirvió para aclarar que es común que las personas abusadas tengan rencor con quienes les tenían que haber protegido y no lo hicieron. Arquetípicamente, la madre debería saber leer entre líneas lo que su hijo necesita o lo que le ocurre y saber qué hacer. La persona abusada se ha quedado esperando esa protección que no ha llegado. Por eso tiene la sensación de que nadie la entiende y de que nadie la puede proteger. En la actualidad es preciso acompañarla en un proceso de liberación (¿qué pasa si lo digo?, ¿qué ocurriría después?), de salir de la posición de esperar una reparación externa, de superar la postura de víctima o bloqueo.

Mercedes únicamente desarrolló un síntoma, una conducta reservada e inmadura, convirtiéndose el síntoma en señal, que se manifiesta pero no se revela. La señal necesita convertirse en significado. En este caso, ella no habló con su madre... ¿por qué? Al no decírselo, ella misma ya se colocó en una posición de hacerse cargo del otro (su madre), negando su propia necesidad. Lo mismo que aprendió al ser abusada, tuvo que negar su necesidad y someterse a la necesidad del otro.

Hasta ahora no había elaborado su silencio acerca de los abusos y poco a poco empezó a plantearse que quizá fue por miedo a quedarse sola. A los 9 años sus hermanas se casaron y se fueron de casa y ella quedó sola con sus padres, en una situación no muy favorable. Recuerda que entonces tomó conciencia de la situación familiar y allí dio el salto hacia la heteronomía, volviéndose obediente, cumpliendo con sus obligaciones, etc. y hacia la sionomía oblativa, haciéndose cargo de sus padres, a quienes veía como muy mayores y que podían morir pronto, y sacrificándose por ellos. Percibió la incapacidad de los padres, con lo que se portaba bien para que no tuvieran más trabajo, y a la vez se tuvo que hacer de “padre”, de cuidadora y reguladora de sí misma, como pudo. Aquí entraba también el exigirse en los estudios, el retarse a sí misma con el básquet... y, de la misma manera, el olvidarse de lo sufrido. De pequeña, pues, aprendió a no explicar cosas que intuía que los otros no querían saber, o sea que ya se puso en una posición muy oblativa. Como en l’*“omertà”* siciliana: existe un pacto de silencio que no se puede romper, cuya finalidad es proteger a todos los implicados.

Resignificación de la historia de abuso

Aproximadamente a los cinco meses de terapia, Mercedes llegó a explicitar, desde su experiencia, su definición particular de abuso, que se convirtió en el hilo conductor del proceso terapéutico: ***“El abuso es la manipulación de la voluntad por la coacción y la intimidación”***.

Toda ella parecía obedecer a un común denominador, el miedo a la exclusión. Y como no pertenecer es una experiencia de exclusión, Mercedes se esforzó en hacer lo que hiciera falta (incluso de “camello”) para que los otros la aceptaran, si bien no era una aceptación de ella como persona, sino como medio para conseguir lo que los demás querían.

Esto permitía explicar las oscilaciones de su comportamiento durante su vida (que a ella también le resultaban curiosas), de modo transversal (es decir, diferentes regulaciones morales en un mismo periodo de vida, pero según los contextos). Así, podría entender que si una persona no tiene integrados los diferentes sistemas de regulación, puede utilizar un sistema de regulación u otro en función del contexto en que se encuentre. Esto también la podría ayudar a entender que su voluntad debería ser únicamente suya y que para empezar a construir un sentido de propiedad de la voluntad, no se la puede dejar manipular.

La condición psicoevolutiva de Mercedes, de pequeña, con padres y hermanas mayores, implicó que ella creciera como en el vacío. Y en el vacío, cuando aún no se había formado plenamente ya abusaron de ella. Además, no tuvo referentes adultos que la ayudaran a construirse su voluntad, diciendo: “No, no, oye, tú no querías esto. Podrías haber dicho que no...”, o sea, que la ayudaran a través de la heteronomía a reforzar su voluntad. A su madre aún le estaba reclamando haberlo hecho. No se trata tanto de perdonar al otro (madre), sino más bien de liberarse de la expectativa de que otro lo hiciera, porque nadie lo hizo, ni lo hará, y responsabilizarse de sí mismo, asumiendo lo que sea, porque eso ya está hecho y no desaparecerá.

También se le comentó que existen muchos elementos evolutivos en los abusos, que los adultos que hubieran podido hacer algo no asumen un papel protector, porque o bien no lo saben o no se lo creen o miran de tapanlo como sea, invalidando la experiencia del pequeño. La situación de abuso en la infancia produce un mayor impacto, ya que no facilita el desarrollo de una estructura propia sana, libre. No lo puede integrar, ni puede encontrarle sentido.

En el caso de Mercedes, que sufrió abuso sexual siendo menor por parte de un amigo, se crea una contradicción: ¿me quiere o no me quiere? Y si no me quiere, ¿por qué no me quiere? Es decir, si abusan es porque te quieren, pero te quiere el otro para su provecho. Eso no significa que te quiera a ti, ni que tú quieras lo que quiere él. El vecino “la quería mucho”, pero abusaba de ella, entonces ¿qué construcción hace ella del amor y de las relaciones? Si me quieren, abusarán de mí, o sea, querer significa renunciar a la propia voluntad, es decir, no poder tenerse en cuenta. Todo esto puede ser el elemento que permita darle cohesión y coherencia a la experiencia.

Por ejemplo, a nivel de pareja, Mercedes mantenía una relación con otra mujer en la que interactuaban a través de manipulaciones emocionales. Por este motivo, alguna vez se planteaba dejarla, pero decía que en el fondo se querían, porque siempre estaba a su lado. La pregunta es qué quería decir para ella que se querían. Si para ella querer a una pareja significa estar siempre a su lado, si la quiere mantener así, puede mantenerla, pero esto no equivale a decir que su voluntad tenga que “bailar a su son”.

Mercedes se siente atada a su pareja (viven juntas, trabajan juntas...), atrapada, sin libertad de movimientos. A veces no es fácil salir de una relación, pero lo que sí se puede trabajar es cómo ser ella misma en la relación. No hace falta que cambie nada, sólo conócete y sepas qué sientes. Sólo el hecho de saber que renunciamos a algo que queremos, en el fondo, ya es más libre la renuncia. En el caso de Mercedes, ella no puede reconocer nada suyo y por eso mira hacia el otro. Está un poco perdida, y si se va encontrando a ella misma en terapia irá perdiendo esta mirada hacia el otro.

No se trata de qué hará, sino de construir una estructura interna que permita sentir, querer, decidir, actuar... y después ya vendrá lo que quiera. No es tan importante lo que hace sino desde dónde lo hace.

La manipulación por parte de otro de su voluntad que ella misma no tiene constituida, hace que se vaya regulando en función del contexto, no de forma propia. Es necesario que ella misma construya su propia voluntad. En su caso fue de gran ayuda utilizar el cuento de los tres cerditos como metáfora para entender la necesidad de construirse su voluntad “con ladrillos, sólidamente, para que cualquier inconveniente no destruya lo construido (hasta ahora hecho de paja o barro)”.

A lo largo de las sesiones, Mercedes se dio cuenta de que si no tenía una voluntad propia, siempre abusarían de ella (“*Del árbol caído, todo el mundo hace leña*”), por lo que redefinió su demanda de terapia a partir de entonces como la construcción de su voluntad.

La construcción de la propia voluntad

El proceso de terapia siguió este rumbo de trabajo, pero aún así, pasados 6 meses, sostenía que le faltaba una “*pieza del puzzle para que le permitiera ligarlo todo*”. Al parecer, al trabajar con su historia, Mercedes únicamente había podido extraer una relación etiogénica de los hechos históricos, es decir, una relación causa-efecto, como podría ser la “teoría del trauma”: “esto ha producido esto otro”, hubo un trauma y entonces el trauma se repite en mil ocasiones. Si no hubiera habido el trauma, esto no pasaría, pero como ha ocurrido, se cierra el círculo y no se acaba de entender con profundidad.

Cuando se va a la historia del paciente, más que a los hechos, debe atenderse al significado de la historia, es decir, “Tú desarrollaste un tipo de construcción, de narración, de significación de los hechos, de regulación respecto a los demás y entonces este patrón puede repetirse o reproducirse en situaciones similares”.

Una persona abusada se ha acostumbrado a ser manipulada en su voluntad a

través de la coacción e intimidación, por lo tanto, hay que ayudarla a ir leyendo las situaciones concretas desde sus deseos, sus pensamientos, sus sentimientos... Por ejemplo:

T.: *Tú, en este caso, ¿cómo te sentiste?*

P.: *Pues sentí que estaba cediendo al deseo del otro*

T.: *¿Y cómo vivías lo que te estaba diciendo el otro?*

P.: *Como un deseo suyo,*

T.: *¿Y su deseo coincidía con el tuyo?*

P.: *No, pero creo que no puedo oponerme a él, porque tal y cual...*

Hay que ver en cada situación qué tipo de coacción está en juego y qué tipo de intimidación. Es normal que en cualquier estructura exista un poder, pero otra cosa bien distinta es el abuso de poder. Precisamente, “poder” es la capacidad de potenciar. Es decir, el poder no es malo, lo malo puede ser el uso que se haga de ese poder, entendido como dominación. Este se llama “abuso”.

La constricción de la libertad de Mercedes proviene del hecho que ella sentía que no podía salir o liberarse de las situaciones de abuso. Si alguien no puede huir puede ser abusado, no tanto porque el otro sea un abusador, sino porque este alguien no puede huir o hacer algo.

Mercedes, en terapia, explica que aún siente que nadie la reconoce ni la apoya, es más, la critican. Esto lo expresa con rabia hacia los demás, porque es otra vez que le pasan cosas y no se siente validada, sobre todo por su pareja y familia. Aún así, trata de diferenciarse de ello, utilizando ironías y hablando como si ella “pasara” de todo eso. Este mecanismo de defensa le permitía no caer en la angustia o la depresión. Pero para evitar esto que quizá más adelante suceda, está siendo manipulada, coaccionada e intimidada aún. En algún momento tocará fondo, y desde este fondo podrá remontar. Cuando toque fondo, la propia necesidad puede llevarla a conectar con su voluntad.

El trabajo desde la perspectiva del desarrollo moral

Desde el punto de vista evolutivo, la estructura sacionómica de querer complacer a los demás le vino impuesta, antes de tiempo. El abuso en una edad tan tierna se hace difícil de gestionar, porque la estructura heteronómica aún no está constituida. Es preciso hacer aflorar todo el significado oculto. “¿Me han hecho daño? Y si me han hecho daño, ¿qué clase de daño me han hecho; en qué consiste el daño?”. Curiosamente, ella de pequeña pegaba a una niña deficiente menor que ella, y de eso se avergüenza tremendamente y se siente culpable, porque no entiende por qué lo hacía. Esto se entiende porque la persona abusada no adquiere unas regulaciones interpersonales sanas. Entonces, como a ella la obligaban, ella obligaba a otra, es la ley del más fuerte. “Si yo soy más fuerte que otra, la puedo manipular; si soy más débil, tengo que someterme”. O sea, ha aprendido algo que no quería, que es entender las relaciones interpersonales como de dominio-sumisión.

Durante el transcurso de la terapia Mercedes ha tenido alguna crisis emocional, tras verse afectada por pensamientos intrusivos continuos acerca de poder ser ella también una abusadora, y se siente muy vulnerable. Está en un momento en que necesita no amenazar su equilibrio, pero el curso de sus emociones espontáneamente lo hacen. Es necesario darle espacio, es decir, permitirle que hable mucho su anomía, y que cuando esta anomía esté suficientemente fuerte, llegará un momento en que los pensamientos intrusivos los podrá cuestionar y ver que no tienen sentido, porque habrá reforzado su autoconocimiento y reafirmación de sí misma, de lo que podría hacer y de lo que no.

Se trata de validar la anomía desde una integración moral, no desde el ir haciendo cosas que le gusten sin más. Debe plantearse un proyecto futuro de ella misma. Es decir, lo que hace, ¿lo hace porque quiere?, ¿qué motivación tiene en la vida?, ¿sabe qué quiere hacer con su vida?, en las cosas que hace ¿qué implicación emocional tiene?

Las voces que siente en su cabeza son voces de la culpa preventiva del sistema obsesivo: para evitar una cosa que no se ha hecho pero que podría pasar, aparecen como alarmas para que se sienta culpable por el mero hecho de haberlo pensado. Esto ocurre cuando la voluntad, que ha sido manipulada por coacción e intimidación, se está constituyendo, y aparece su contrapartida. Entonces, si ella conecta tanto con la anomía, con lo que ella desea, como los que abusaron de ella en su día conectaron con su propia anomía, de forma inconsciente se produce una contrabalanza interna, por la que surge el pensamiento automático de que ella podría hacer lo mismo que hicieron con ella, podría abusar de alguien. Seguramente estos pensamientos no le hubieran surgido si ella no hubiera estado conectada con su anomía. De ahí que ella, de alguna manera, asocie la anomía como algo peligroso y se intente prevenir, reprimiendo sus emociones.

El miedo al descontrol es heteronómico, ya que ella vive la espontaneidad no como algo sano y libre sino como descontrol, como algo que puede hacer que ella haga algo que se le escape de las manos sin querer. Parece entender la anomía como una negación de la heteronomía y, por lo tanto, si ella se regula por la anomía quiere decir que todo es posible, que no hay ley, que no hay norma. Esto ocurre cuando aún no se tiene bien interiorizado el criterio propio interno, con el que pueda distinguir claramente qué quiere hacer y qué no.

En el caso de Mercedes, parece ser que su anomía la integra no tanto con la ley (heteronomía), sino más bien con el amor por el otro (socionomía). Es necesario que Mercedes defina sus actuaciones desde la autonomía, es decir, “Bueno, yo pienso unas cosas, pero tengo un criterio para decidir si son cosas buenas o malas y si quiero hacerlo o no, y a mí ninguna voz me tiene que venir a decir nada, ni lo que tengo que hacer ni lo que no tengo que hacer”. Es decir, posicionarse en su propio eje.

Mercedes tenía miedo a sentir tristeza por si se instalaba en una depresión de la que no supiera salir. Por eso, fue necesario explicarle que las emociones tienen su curso y que hay que dejarlas cursar para que, por sí solas, se regulen. En el caso

de Mercedes, se trataba de hacer el duelo del abuso. Sentir la pérdida es doloroso, pero llega un momento en que estás sintiendo el dolor y espontáneamente te levantas del suelo. La tristeza es una emoción sana y reparadora. Es necesario acompañarle a que primero sienta y conecte con su tristeza y luego la elabore.

Respecto a la relación de dependencia de Mercedes con su pareja, entendida como una fusión, donde ella siempre tiene la duda de si su pareja la quiere, se le hizo notar que solo puedes saber si te quieren si alguien tiene un amor incondicional por ti. Pero las relaciones siempre están potencialmente amenazadas y no hay nunca la seguridad de que alguien te querrá para siempre (arquetípicamente, sólo los padres, pero en su caso, ni así lo sintió). Lo importante es que ella únicamente puede estar segura de si quiere y de si ella misma se quiere. Necesita tener presente su autoestima. Era importante que empezara a fijarse en lo que ella hacía o sentía (agente activo) y no en lo que sentían o hacían los demás hacia ella, porque los otros ya le han hecho muchas cosas, y de tal manera que ella sólo recibía o reaccionaba a ello (agente pasivo). Es decir, en su relación de pareja, adoptar una postura activa es quererse ella misma. Ella puede querer, y si la corresponden, bien, y si no, ya verá qué quiere hacer, porque no vale la pena echar agua en un recipiente sin fondo. Responsabilizarse de su querer, no del de los demás, ya es un paso para desarrollar su autoestima. Posicionándose más en la anomía y en la autonomía, las relaciones interpersonales también cambian.

Mercedes, desde bien pequeña, dio un salto hacia la socionomía oblativa, haciéndose cargo de sus padres al no explicar nada de lo que le había ocurrido, y eso es muy frecuente en casos de abuso. Pero hablar de salto no significa que las demás estructuras de regulación moral no se formen, sino que evolutivamente, la socionomía se desarrolla antes de lo que toque. Es decir, en esa edad tan temprana, a una niña pequeña no le toca hacerse cargo de los demás y sacrificarse por ellos; al menos, no le tocaría como una forma estable de regularse, como le sucedió a ella.

Mercedes percibe la incapacidad de los padres para cuidar de ella y de sí mismos (su padre cae enfermo y su madre debe ir a trabajar). Entonces ella se porta bien para que sus padres no tengan más trabajo ni problemas (motivación sociométrica), y a la vez debe hacerse cargo de sí misma. Así pues, ella tuvo que hacer de padre de sí misma, de cuidadora de sus padres y de reguladora de sí misma. Entonces apareció la exigencia (el funcionamiento heteronómico, obsesivo, etc), y dentro de esta exigencia encaja el olvidarse de los abusos, el tapar, el hacer como si no hubiese pasado, el asumir muchas responsabilidades de manera sustitutoria, etc.

Cuando uno es adulto, lo que haya pasado ya ha pasado; no se puede esperar eternamente a que los que en su momento no lo hicieron, hagan las funciones que les tocaba, porque esa posición de victimismo no permite una regulación autónoma, sana y libre. En cambio, cuando uno es pequeño y adopta una posición adulta que no le corresponde evolutivamente, como Mercedes, no le queda espacio para el desarrollo de su propia voluntad, para la formación del deseo, para la constitución

de una entidad propia sólida.

Mercedes, haciendo gala de su nombre, ha estado toda su vida “a merced de todos” (padres, vecinos, hermanas, pareja, etc.). Los romanos decían “*nomen est omen*”, (“el nombre es el destino”). El nombre se puede entender de muchas maneras, pero puede ser una buena metáfora si le puede servir como para construir una “merced” propia, que no pueda ser utilizada por los demás.

Intentamos elaborar la naturaleza de sus relaciones de pareja, y vemos que, en cuanto a su forma de relacionarse con sus parejas, ella siempre se ha supeditado a la relación. Si le gustaban algunas chicas actuaba complaciente con ellas, para conseguirlas. Su forma de conquistarlas era entregándose, dándose a las otras, olvidándose de sí misma. Seguramente aprendió de bien pequeña que dando al otro lo que quería podía tener al otro. Se trata, pues, de una socomonía al servicio de la anomía. En otras ocasiones, eran algunas chicas que se encaprichaban con ella y ella igualmente, sentía la necesidad de salir con ellas para complacerlas, pero eso le ha llevado a desarrollar una dependencia de las relaciones. En todas ellas se ha posicionado o bien arriba (posición *up* o dominante) o bien abajo (posición *down*, o sumisa), como en la fábula del lobo y el cordero: ella en algunas relaciones era lobo y en otras era cordero. No sabe relacionarse desde la igualdad, sino que ha aprendido que las relaciones son de abuso: o abuso o soy abusada. Es decir, para ella las relaciones entre las personas no son de intercambio sino que son relaciones de dominio y sumisión.

Llegados a este punto la paciente se plantea si existe relación entre haber sido abusada de pequeña y ser lesbiana, si puede tener sentido que, al haber sido abusada por dos chicos, haya desarrollado una tendencia homosexual. No tiene por qué ser determinante. En la adolescencia, enamorarse de alguien del mismo sexo es bastante frecuente, pero es cuando esta dinámica va continuando y se va reforzando que acaba pudiendo ser predominante. A esa edad, Mercedes no entraba en relación con los chicos desde una posición de *philia* (amistad), cosa que con las chicas sí, por ejemplo a los 11 años ya había una chica que la fascinaba. Y desde esta posición, que implica el compartir, la complicidad, la confianza, la intimidad, etc., ella veía cualidades positivas en estas chicas, de que no le harían daño, y las idealizaba. En cambio, en la época de pubertad, pre-adolescencia y adolescencia, esta relación de respeto con los chicos no existía. Quizá por eso se sentía más atraída por las chicas, porque estaba más cómoda y se sentía más próxima.

De todas maneras, si no hubiera habido abusos, también podría haber sucedido. Es decir, no es importante centrarse en si es homosexual o no, sino entender que cualquier persona, en función de sus necesidades y en función de su imaginario y de los estímulos que recibe, se puede sentir atraída por una determinada persona. Por lo tanto, no se puede considerar el abuso como la causa de que Mercedes sea lesbiana, porque existen muchos factores, pero está claro que una relación de abuso sexual por parte de un hombre, por la connotación desagradable que conlleva, hace problemático que una chica pueda sentir atracción sexual por un hombre y vivirlo

como un estímulo positivo, si no lo ha trabajado ni lo ha podido elaborar, o si confunde el deseo del otro con el amor.

Ahora tiene la oportunidad, con la terapia, de plantearse qué es lo que realmente quiere y crear un proyecto desde la autonomía: si el bar que lleva con la compañera ya le está bien, pues de acuerdo, pero hace falta que haga la decisión suya. Esto es lo que hará que el cambio en Mercedes sea profundo, que cada decisión se la plantee desde ella misma.

Por ejemplo, se le plantea

T.: *¿Qué necesidad tiene de hacer un cambio, por qué quieres hacer un cambio?*

M.: *Para que dejen de aprovecharse de mi*

T.: *¿Y por qué quieres que dejen de aprovecharse de ti?*

M.: *Porque me veo muy dependiente de los otros, sin criterio, y los otros me manipulan*

T.: *¿Y por qué te está mal esto?*

indagando hasta saber cuál es el motor profundo que la mueve a decir que ya basta, que eso no puede ser. Si ella respondiera que es el gran malestar que siente y los síntomas que tiene, haría falta plantearle qué coste tendría desarrollar un criterio propio, es decir, qué pérdidas tendría. Es necesario ver qué balance interno hace ella. En este caso, Mercedes en alguna sesión ha comentado que se planteaba la idea de dejar, quizá, su relación de pareja actual. Entonces aquí sería necesario acompañarla a plantearse por qué quizá sí o quizá no, es decir, *¿por qué llego a esta conclusión?, ¿qué me lleva a pensar esto?*

El trabajo con la relación de pareja

En el caso de su relación actual, con su pareja no han llegado a construir la *philia* que comentábamos antes. No existe una buena comunicación entre ellas, por lo que en su proceso de terapia se plantea una situación de evolución personal y de pareja, si ambas lo desean.

A menudo ocurre que si un miembro de la pareja evoluciona y el otro no, el equilibrio homeostático se rompe. En su caso, pese a ser una relación asimétrica (con diferentes poderes), han funcionado hasta ahora, pero Mercedes ya ha roto el equilibrio de la relación y ahora ello pide una reestructuración o bien una ruptura.

Por ejemplo, cuando la pareja de Mercedes no quiere hacer algo, no le dice “*A mi no me gusta, pero ve tu*”. Simplemente le dice “*A mi no me gusta*” y no va, y Mercedes entra entonces en conflicto. Su relación es de mutua dependencia y eso les impide posicionarse de forma autónoma. Al no darse mutuamente opción libre de escoger, reconociendo la diferencia de la otra, no se posicionan en tomar una decisión propia en función de sí mismas, sino de la relación.

Incluso, cuando Mercedes en su adolescencia rompió con su familia y entró en el ambiente no fue una decisión propia, sino que fue por rebote. La voluntad hubiese sido ejercida diciendo “*Yo quiero a esta chica, es un sentimiento mío, y por lo tanto*

yo asumo las consecuencias y la responsabilidad de esta relación. Ya soy mayor de edad. Yo a vosotros os he cuidado (hacia sus padres) y ahora soy yo quien tiene que decidir. Entonces si vosotros no me entendéis...". En cambio, ella siguió viviendo en su casa y ni ella contaba nada, ni sus padres le preguntaban nada. No se posicionaba. Pero a la vez, parece que tampoco hubiera entonces, por parte de sus padres, un interés personal, una empatía, una aceptación.... Parece más que como ya tenía los 18 años, cual norma heteronómica, ya no le podían decir nada porque ella en teoría ya podía hacer lo que quería, puesto que era mayor de edad. Aún así, no se hablaba de si eso le convenía o no, o de qué le pasaba o qué quería o por qué... No tuvo tampoco entonces el espacio para construir una voluntad propia. El papel de sus padres fue el de cubrir las necesidades instrumentales, prácticas, como el comer, la asistencia sanitaria, etc. pero no tuvieron una dimensión tutelar, de mentores o educadores..., es decir, no tuvo una nutrición completa.

Incluso, en su misma escuela, debido a que su familia tenía problemas económicos para pagar sus estudios, le propusieron a Mercedes, que era muy buena estudiante, que diera clases de repaso a otros niños a cambio de no pagar la escuela. Es decir, también en esa institución hubo una especie de abuso. Las reglas no son claras, no son limpias. Si los padres no podían hacerse cargo económicamente, quizá hubiesen podido considerar otras opciones: que las hermanas mayores, que ya trabajaban, los hubiesen ayudado, o quizá plantearse si ella iba a una escuela que excedía sus posibilidades... Pero si los padres no pueden pagar y la escuela quiere hacerse cargo, no ha de ser a cambio de nada. Por ejemplo, hubieran podido decir "Tú te quedas a estudiar aquí porque vemos que eres una chica que vales y no queremos que por cuestiones económicas pierdas la posibilidad de estudiar y asumimos tenerte gratis. Si a caso, lo que sí queremos pedirte es que no se lo digas a nadie". Podría haber sido como una beca que da la escuela por sus méritos; eso hubiera sido limpio. Si no, la relación se pervierte, todo tiene condiciones, todo es un juego. Es decir, que incluso la escuela como institución le reforzó el juego, aun sin saberlo y, probablemente, sin pretenderlo.

En la escuela Mercedes recuerda que en el patio jugaba con los niños a tocarse, es decir, reproducía las interacciones aprendidas. Siempre se trata de un "do ut des", o sea, ella juega con los niños, los niños me tocan, yo toco a los niños, los niños me aceptan..., o sea que no son relaciones limpias, no existe altruismo puro, todo es a cambio de algo o condicionado a algo.

En su caso, Mercedes funciona desde la socionomía en sus relaciones, haciéndose cargo de los demás, pero cuando no recibe una reciprocidad no lo reclama ni se queja, es decir, ella utiliza un juego manipulatorio aprendido de la seducción. Es manipulatorio porque no nace de la empatía hacia el otro sino que nace de la anomía, pero una anomía pervertida: el otro viene a mí y abusa cuando quiere y lo acabo usando yo también. Ha aprendido que en este mundo las relaciones obedecen y se rigen por los deseos, y que entonces si el otro me desea quiere decir que soy deseada; por lo tanto, tengo un valor y eso quiere decir que tengo un poder

sobre el otro. Pero entonces, a la vez, entra ella en un juego de poderes: ¿quién puede qué? Yo seduciendo, el otro siendo seducido; yo dominando, el otro siendo dominado. Este juego no es de igualdad. Es un juego de deseos y necesidades, no de voluntades. Incluso el hecho de que se lo haya puesto ella misma tan difícil en sus relaciones de pareja parece que era desde el deseo, no desde su voluntad. La voluntad se hubiese manifestado en poder escoger en función de beneficios o perjuicios, si resulta que esta relación me perjudica más que me beneficia... es decir, “¿y yo qué quiero?”.

En general, la vida de Mercedes ha sido entrar en este juego de los otros, sin tener una posición propia. De alguna manera, ya desde muy pequeña aprendió a ser para los demás o en relación a los demás, más que no en sí misma. No había construido una entidad propia, y desde ahí se relacionó. Por eso, siempre estuvo en función del otro, no en función de sí misma. Para mantener su identidad, su razón de existir, debía someterse al deseo del otro.

Era posible ayudarla, a través de varias preguntas, a que entendiera que era eso lo que buscaba:

- ¿Qué buscabas realmente haciendo eso?,
- ¿Qué necesidad estabas satisfaciendo con esto?,
- ¿Por qué entrabas en ese juego?,
- ¿Qué te movía a participar en él?,
- ¿Qué te mantenía en él: el sentirte deseada, el sentirte necesitada, el poder, o qué?...”

Es necesario que ella comprenda por qué ha actuado toda su vida como lo ha hecho, para poder darle sentido a todos los juegos en que siempre ha estado metida. Hasta que no se construya una identidad propia no podrá mantener relaciones sanas, sin dependencias o abusos. Deberá construir un proyecto de aferrarse a sí misma como referente, así que por eso también sería adecuado preguntarle las implicaciones que tendría comenzar a funcionar de esta manera.

EVALUACIÓN AL FINAL DEL PROCESO TERAPÉUTICO

Al final del proceso terapéutico se pudieron observar cambios significativos en Mercedes respecto al inicio de la terapia, tales como disminución de síntomas depresivos o la desaparición de síntomas clínicos como los correspondientes a obsesión-compulsión, ansiedad, pensamientos de muerte y sentimientos de culpa. Parece ser que el proceso de construcción de su voluntad, es decir, de autovalidación y dignificación, contrarrestó los síntomas derivados de la experiencia del abuso.

Gracias a ello, también fue destacable un aumento de la autoestima y una mayor flexibilidad de pensamiento, que le permitieron empezar a vivir las relaciones y las situaciones cotidianas de una manera muy diferente.

Todos estos cambios fueron sucediendo progresivamente e integrándose a medida que avanzaba la terapia; por supuesto no sucedieron de golpe. Sí que sirvió de acicate el ver que Mercedes se iba dando cuenta de que empezaba a entender las

cosas de otra manera y a plantearse todo lo que le ocurría de una forma en la que ella podía manejar y decidir qué hacer, en vez de vivirlo de manera reactiva o pasiva como había hecho hasta entonces.

Un ejemplo ilustrativo de ello fue la desaparición progresiva de los pensamientos intrusivos que Mercedes sentía cuando veía niños pequeños jugando o cuando ella interaccionaba directamente con algún niño pequeño. Llegaba a oír voces en su cabeza que le decían que ella también podía abusar de esos pequeños y eso la torturaba, porque se sentía un monstruo y dudaba de si sería capaz de hacerlo. Poco a poco, a medida que su propia voluntad tomó protagonismo, ella misma pudo ir cuestionándose esos pensamientos intrusivos que le aparecían espontáneamente. Precisamente, le aparecieron con más fuerza a medida que Mercedes fue conectando con sus deseos y necesidades. Parece ser que escuchar sus deseos, tal como hicieron sus abusadores en su día, la bloqueaba totalmente y sentía pánico.

En el proceso terapéutico, ella fue desarrollando una estructura cada vez más autónoma, es decir, cada vez se fue conociendo y entendiendo más y fue construyendo su voluntad y un criterio propio cada vez más sólidos. Gracias a eso, aprendió a aceptar que el pensamiento, seguramente por reacción a lo vivido, es libre y se expresa como ha aprendido, pero que ni mucho menos es determinante de la conducta ni tiene que ver con lo que ella misma quiere hacer. Hacer ley de su voluntad fue el mejor antídoto para ella.

Referencias bibliográficas

- Villegas, M. (1996). El análisis de la demanda. Una doble perspectiva social y pragmática. *Revista de Psicoterapia*, 26/27, 25-78. <http://revistadepsicoterapia.com/el-analisis-de-la-demanda-una-doble-perspectiva-social-y-pragmatica.html>
- Villegas, M. (2011). *El error de Prometeo. Psico(pato)logía del desarrollo moral*. Barcelona: Herder.
- Villegas, M. (2013). *Prometeo en el diván. Psicoterapia del desarrollo moral*. Barcelona: Herder.